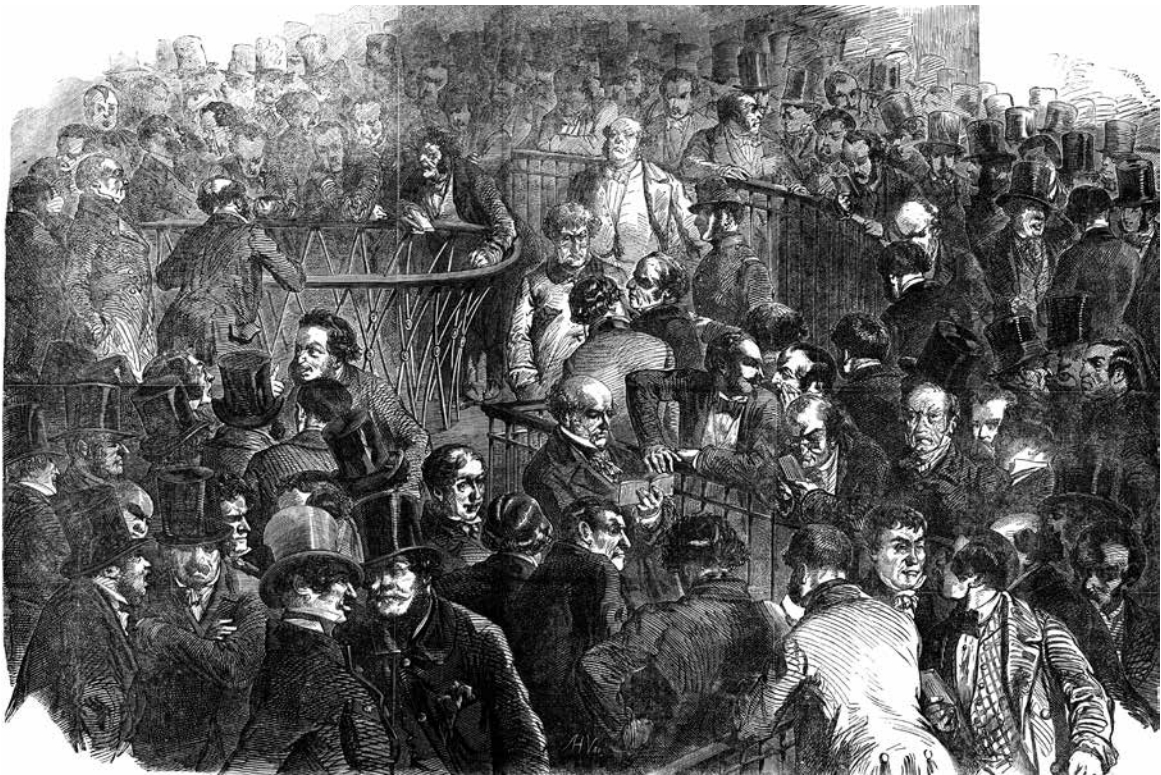


Entropía social y cultura

Jaime Augusto Shelley



La Bolsa de París, *The Illustrated London News*, 1860

¿CÓMO EXPLICAR EN TÉRMINOS SOCIOLÓGICOS (*una ciencia vaga, sin domicilio conocido*, como maravillosamente la definió José Bergamín) esa insoportable mansedumbre, esa intolerable pasividad de millones y millones de mexicanos ante el atraco sistemático que se sufre día a día, no por hordas de forajidos —que las hay también—, sino por las llamadas autoridades “competentes”?

Años y años pasan y los agravios son cada vez mayores, la pobreza y el abandono prosperan en un entorno signado por un individualismo

sobreviviente, un dejar hacer temeroso o ignorante. ¿Es el maravilloso clima soleado el que mueve a la gente a pensar, al mediodía, buscar en primera instancia, una sombra bienhechora y sentarse a tomar una cerveza sin preocuparse de más? ¿Son los hermosos discursos de la clase dirigente, empresarios, usureros y gobierno los que así tranquilizan la conciencia adormecida de los ciudadanos?

Nuestra medición del tiempo se calcula en sexenios.

—Ahora sí... —se dice al cambio de régimen.

—Espérate, que ahí viene fulano y ¡ahora sí!, la hacemos buena —se exclama al final de cada saqueo.

Hace una buena cantidad de años (más de treinta), un buen amigo, el doctor Eduardo Cesarman, me introdujo al término *entropía* mientras escribía un ensayo al respecto. No parece que haya tenido mayor resonancia entonces. Busco, para no equivocarme, en el *Diccionario Hispánico Universal* el mentado término, dice así:

Entropía: (del gr. *entropé*, acción de volverse, vuelta o cambio). 1. Nombre dado por Clausius a la diferencia de cantidad de energía entre el comienzo de un fenómeno y un momento posterior dado.

Es decir, si volvemos a la sociología y estudiamos el comportamiento de la sociedad mexicana de los últimos treinta años podríamos medir la cantidad de energía entre el principio y el transcurso del proceso, con sus altibajos, sus picos y sus marcados descensos. Podríamos, con cierta precisión, establecer el desgaste brutal de energía (especialmente durante *la docena trágica* panista) y avizorar, con cierta certeza, qué nos espera si no se produce un cambio radical en la política

económica y social implantada en esos años, o si será la misma, lo que de seguro habrá de llevarnos inevitablemente al *despeñadero*.

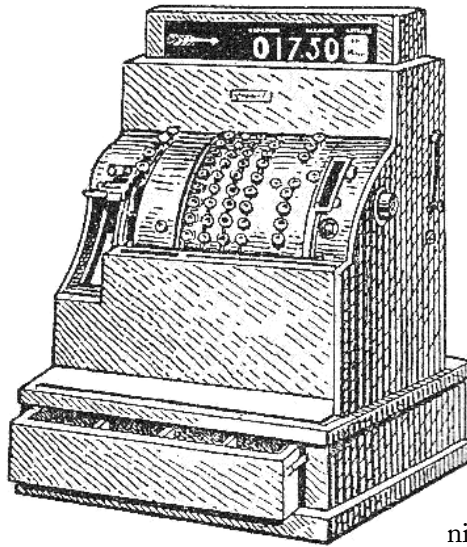
Los males acumulados lucen menos, o al menos su apariencia. Hay tantos bultos que, en el montón, se pierden de vista. Y se pierde de vista el impalpable gran esfuerzo colectivo. A vuelapluma recojamos los trastes tirados al basurero de la Historia:

- ¿Los tres ceros menos? Desaparecieron, entre otras cosas, de manera milagrosa las pensiones acumuladas de los trabajadores.
- ¿La “reforma” a la ley agraria que permitió la venta de tierras ejidales?
- ¿La venta (o regalo) de Teléfonos de México a un —hasta ese entonces— oscuro operador de La Bolsa?
- ¿El atraco del “rescate” bancario, luego llamado FOBAPROA?
- ¿La venta (o regalo) de Ferrocarriles de México?
- ¿El fraude de la eliminación de la Compañía de Luz y Fuerza del Centro?

¿Es la vida sueño?

¿Se trata en verdad de circunstancias aisladas, fortuitas, que han acontecido en nuestro país, porque sí, porque así lo quiso Dios?

Es verdad; pues reprimamos/ esta fiera condición,/ esta furia, esta ambición,/ por si alguna vez soñamos;/ y si haremos, pues estamos/ en mundo tan singular,/ que el vivir sólo es soñar;/ y la experiencia me enseña/ que el hombre que vive sueña/ lo que es hasta despertar./ Sueña el rey que es rey, y vive/ con este engaño mandando,/ disponiendo



y gobernando;/y este aplauso,
que recibe/ prestado, en el viento
escribe;/ y en cenizas le convier-
te/ la muerte (¡desdicha fuerte!):
/ ¿que hay quien intente reinar/
viendo que ha de despertar/ en
el sueño de la muerte?/ Sueña el rico en
su riqueza,/ que más cuidados le ofrece;/ sueña el
pobre que padece/ su miseria y su pobreza;/ sueña
el que a medrar empieza,/ sueña el que afana y
pretende,/ sueña el que agravia y ofende,/ y en el
mundo, en conclusión,/ todos sueñan lo que son,
aunque ninguno lo entiende./ Yo sueño que estoy
aquí/ destas prisiones cargado,/ y soñé que en otro
estado/ más lisonjero me vi./ ¿Qué es la vida? Un
frenesí./ ¿Qué es la vida? Un ilusión,/ una sombra,
una ficción,/ y el mejor bien es pequeño;/ que toda
la vida es sueño,/ y los sueños, sueño son.

Las palabras que Calderón de la Barca pone en labios de Segismundo en su obra *La Vida es Sueño* ¿son fortuitas, venidas de una inspiración divina, ajena a las circunstancias de la vida? O, si nos atrevemos a mirar más de cerca, ¿son, de hecho, la expresión de un estado de ánimo en un entorno roído por la entropía sofocante que se vivía en la España de la época?

¿Alguien recuerda el régimen económico impuesto por el gobierno que presidía Augusto Pinochet en Chile? Ahí se puso en práctica, casi como un experimento, lo que después se llevaría a Argentina, Brasil y México. No, no fue casual ni aislado, fue una orquestación sistemática de la oligarquía financiera y bancaria internacional en su afán de dominación y el desenvolvimiento de un sistema especulativo que vino a sustituir las operaciones normales del crédito. Y por supuesto, la catástrofe monetaria mundial como resultado.

Este proceso ha ido, hasta nuestros días, acompañado de un mecanismo de dominación casi absoluto de los medios de comunicación. La pérdida de independencia de la televisión, la radio y los periódicos y revistas fue devastador. Se convirtieron en vehículos que Goebbels habría querido tener. Machaconamente, día con día, decir y hacer obedecer las consignas emanadas desde la cúspide del poder. Sin réplicas. Las formas más importantes del desarrollo humano también fueron intervenidas. La educación manipulada —para servir en charola de plata—, productos útiles y sumisos a gobiernos y empresarios (que se convirtieron, en el camino trasegado, en una misma cosa). Por la vía de la crisis económica desplegada por el mundo entero, la necesidad de empleo resultó de supervivencia, lo que ofrezcan, lo que me quieran dar, el mendrugo de pan indispensable para seguir con vida.

Murieron las voces críticas casi por completo. La palabra correcta es emitida por la televisión y la radio. Las editoriales importantes, ya trasnacionales, controlaron a su capricho las publicaciones de libros y revistas. Una pavorosa mediocridad se apoderó del “gusto”, en consonancia con el nivel del público receptor. Se elevó a autores e intelectuales de reconocida tendencia proimperialista a demiurgos imponderables. La Edad Media en pleno apogeo.

Una minoría ramplona decidiendo el quehacer intelectual y artístico de toda una Nación.

¿Habrá algún cambio en el derrotero de la empobrecida cultura de nuestro país? No se ha visto hasta el momento cambio alguno. Ni siquiera un gesto.

La vida es sueño. ▀